

JORNADA CONTRA EL TRABAJO

DOMINGO 5 DE MAYO
PARQUE CENTENARIO, SKATE PARK, 14 A 17 HS



CONVERSATORIO
VISIONES ANÁRQUICAS CONTRA EL TRABAJO
ASALARIADO Y LA AUTOGESTIÓN COMO
RECUPERACION CAPITALISTA

¡¡TRAER TU FERIA!!

Jornada contra el trabajo

Domingo 5 de mayo, Parque Centenario, skate park.

14hs a 17hs.

Conversatorio: *Visiones anárquicas contra el trabajo asalariado y la autogestión como recuperación capitalista.*

Las movilizaciones obreras se preparan para una nueva procesión, otra jornada reivindicativa de la lucha proletaria aunque con consignas que poco dicen y poco buscan cambiar, reducir la jornada laboral, ensalzar el orgullo obrero, con ánimos cuantitativos se acepta la ética del trabajo, la de la sumisión y la pacificación.

Antes que quedarnos en la crítica vacía elegimos afianzar nuestras proyecciones anárquicas, en la lectura y la puesta en común de críticas al trabajo en pos de su abolición hechas por distintxs compañerxs en la vasta memoria anarquista de los últimos 150 años.

"Quienes aman el trabajo quieren apoderarse de los medios de producción, no quieren que se avance ciegamente. Saben por experiencia que los jefes han tenido una fuerte organización de su parte para hacer posible la explotación. Piensan que sólo una organización igualmente fuerte y perfecta podrá hacer posible la liberación. Hagamos todo lo posible, la productividad debe salvarse.

Qué inmenso engaño.

La ética del trabajo es la ética cristiana del sacrificio, la ética de los amos, gracias a la cual las masacres de la historia se han sucedido con preocupante regularidad.

Esta gente no puede comprender que es posible no producir plusvalor, que incluso pudiendo producirlo se puede rechazar hacerlo. Que es posible afirmar contra el trabajo una voluntad no productiva, capaz de luchar no sólo contra las estructuras económicas de los patronos sino también contra las ideológicas, que atraviesan todo el pensamiento occidental. Es indispensable entender que la ética del trabajo constituye también la base del proyecto revolucionario cuantitativo. No tendría fundamento un discurso en contra del trabajo hecho por las organizaciones revolucionarias metidas en la lógica de crecimiento cuantitativo.

La sustitución de la ética del trabajo por la estética del placer no impide la vida, como tantos compañeros preocupados afirman. A la pregunta ¿Qué comeremos? Se puede responder, con toda tranquilidad "lo que produzcamos". Sólo que la producción no sería ya la dimensión en la que el hombre se autodetermina, la producción pasaría a la esfera del juego y del placer. Se podrá producir, no como algo separado de la naturaleza, que una vez realizado se reúne con ella, sino como algo que es la naturaleza misma. Por lo cual será posible parar la producción en cualquier momento, cuando haya suficiente. Sólo el placer será imparable. Una fuerza desconocida para las larvas civilizadas que pueblan nuestra era. Una fuerza que multiplicará por mil el impulso creativo de la revolución."

A.M.BONANNO.

El trabajo es la representación tajante de la explotación, atravesando cada espacio de nuestras vidas el trabajo no es solo la jornada laboral, sino que es la mediación de nuestras relaciones sociales en torno a la propiedad y la dominación. Tanto las instituciones formales, educativas y familiares, y aquellas que se presentan como alternativas al mundo del capital, conviven bajo las lógicas del valor, del consumo y la distribución, somos constantemente sometidxs a las lógicas del y para el mercado, nuestros cuerpos son reducidos a productores y mercancías respectivamente, el tiempo libre solo existe como descanso para el consumo y la vuelta a la producción, las relaciones sociales limitadas a la moral del trabajo junto al status social con que lxs trabajadorxs alzan la frente orgullosxs, el trabajo está tan arraigado que cada día pareciera ser más difícil imaginar un mundo sin él, sobre todo cuando los movimientos revolucionarios solo proponen una nueva administración o autogestión de las lógicas de explotación laborales, como si delegar nuestras vidas a un empleo en nombre de la comodidad consumista fuera diferente a hacerlo por la revolución jerárquica izquierdista.

Si bien un análisis y profundización sobre la explotación económica es necesaria en tanto que nos hacemos de herramientas para comprender la sociedad autoritaria en la que vivimos y las formas en las que generamos respuestas contra esta, si estas perspectivas solo apuntan a la reforma, a la liviandad de nuestros discursos y a una visión camuflada de nuestras proyecciones, solo seguimos reproduciendo las lógicas políticas de los diferentes partidos y agrupaciones de todo tipo, si en pos de un crecimiento cuantitativo tras la finalidad de un “frente en común” obviamos nuestra explotación y no atacamos directamente las estructuras que nos someten diariamente, disfrazando la poca radicalidad de nuestra proyección tras el fantasma lejano de la revolución, tanto aquellas de principios del siglo xx, como en la esperanza de un futuro incierto, en aquella supuesta objetividad que es el lenguaje de los amos y nos dirá cuando están las condiciones dadas para la revuelta, si no nos posicionamos clara y firmemente en el presente contra la autoridad en todas sus formas, solo nos complementamos en el mar eterno de la tibieza, de la burocracia y la negación de nuestras voluntades.

En este sentido sería absurdo pensar que la lucha no es de clases, dudando que alguien lo afirme, así como también lo es contra el patriarcado, el especismo y el progreso industrial, siguiendo en esta línea y apuntando hacia la interseccionalidad de las luchas, podemos pensar las formas en las que generamos afinidades y proyecciones por fuera de las lógicas que nos reducen a trabajadorxs u otros términos ajenos, sino a afianzarnos desde la tensión contra el poder, desde la negación de la autoridad, ya que si en nuestro horizonte solo nos limitamos a la reincorporación laboral, a la reforma de las leyes, al consumo “ético” vegan o a la reproducción de un capitalismo verde, seguimos reproduciendo el mundo de la dominación, si en pos de una reincorporación laboral no generamos una crítica radical a la producción y lo que genera el mercado en nuestro cotidiano y en las relaciones y las privaciones que genera la propiedad privada o estatal, o si en ánimos de abrazarnos en la bandera feminista no planteamos lógicas contrarias a la legalidad y el punitivismo, y si en dirección a la liberación animal y de la tierra solo proponemos una “mejor administración” de la destrucción de la naturaleza, dejamos morir la anarquía en las manos de los eslóganes vacíos y el recuerdo idealizado de un pasado combativo insurreccional.

Por esto algunas de las razones para esta jornada, para poder afianzar y compartir nuestras ideas y proyecciones anárquicas, entendiéndonos tanto desde la individualidad como en la posibilidad colectiva, e intentar profundizar de forma fraterna en el contenido antiautoritario de la guerra social.

Criticando el concepto de Trabajo:

Artículo publicado en El Anarquico N° 4, Mayo 2015
Criticando el concepto de Trabajo, por Mate amargo.

Sin duda que teorizar en torno al concepto del trabajo es algo bastante difícil y complejo, sobre todo teniendo en cuenta que este está tan arraigado en la cultura mundial y que, al igual que muchos otros valores del sistema imperante, no suele ser analizado y criticado ni siquiera por las millones de personas que diariamente salen a cumplir obligadamente con aquello que llaman “Trabajo”.

Y aunque suene impresionante a la mayoría de la gente no le gusta salir a trabajar y aún así el concepto sigue ahí, sin ser criticado directamente, pidiendo ser reformado en calidad y tiempo tantas veces que pareciera ser esa la única crítica posible al trabajo. Menos horas de trabajo y mejores condiciones, un poco de reajuste del salario y diez minutos más de colación o incluso pedir tiempo para una siesta que reponga las fuerzas y así optimizar la producción. Pero el concepto sigue ahí, intacto, perpetuándose como un pulso que mueve ciudades y economías.

Sin embargo para los anarquistas este ha sido un tema recurrente desde diversas perspectivas, criticado agudamente y reelaborado de las más variadas formas. Es por ello que existe una gran variedad de textos y artículos que desmenuzan tanto la raíz de la palabra como su condición inherente de labor forzada y pilar fundamental de la cosmovisión capitalista.

Quizás el error más enquistado en la noción de trabajo sea el pensar y relacionar el trabajo con cualquier labor y esfuerzo que realizamos y, por tanto, relacionarlo con la actividad humana en general, sea cual sea esta. Así puede considerarse trabajo el pasar todo un día funcionando en un oficina, cocinar algo, conducir una micro e incluso levantar un huerto. Pero claramente la naturaleza de estas actividades es completamente distinta.

El origen de esta idea es mucho más reveladora que la errada concepción de creer que cualquier actividad humana pueda considerarse un trabajo. Parece haber consenso en que el origen de la palabra Trabajo sea Tripalium, concepto en Latín que significa Tres Palos. El Tripalium era un instrumento de tortura donde se amarraba y se azotaba a los esclavos, es decir, desde sus inicios este concepto estuvo relacionado con una labor tortuosa y no deseada, la cual debía ser soportada y padecida.

Es por ello que para nosotros el concepto a la labor forzada que debemos sobrellevar por nuestra condición de esclavos de la estructura capitalista. Esta labor no suele ser realizada por nuestra propia iniciativa, sino que está impulsada por la necesidad de conseguir la remuneración del patrón o, como es el caso de las sociedades actuales, de toda la armazón burocrática que sustituye al patrón.

Aquí el gran truco del capitalismo y de la explotación en general ha sido convertir el trabajo en una especie de bien preciado y además relacionar las más diversas actividades humanas con esta noción, así se nos habla de que hacer deporte es trabajo físico, de que estudiar es trabajo intelectual y de que trabajarle al patrón es otro tipo de actividad igual de necesario que los demás. Pero para nosotros el deporte y el estudiar son cosas que hacemos por nuestra cuenta y de forma lúdica, disfrutando el aprender y el mover nuestros cuerpos.

Muy por el contrario, el trabajo que se realiza para alimentar el sistema siempre se hace de mala gana y en desmedro de las actividades que realmente quisiéramos hacer.

Es por ello que no somos amigos del trabajo y mucho menos creemos que este puede llegar a “Dignificar” al ser humano, por el contrario, creemos que la actividad humana debiera liberarse por completo de esta forma de entender nuestras actividades y relaciones. Podemos hacer miles de cosas, miles de actividades y oficios, pero el trabajo para nosotros es aquel que se realiza bajo el mandato del capital y el látigo del sometimiento.

Por otra parte, la cosmovisión del trabajo ha instaurado la labor forzada como una obligación ineludible y además deseada socialmente. Todos trabajan y producen durante gran parte de sus vidas. Se producen objetos, vehículos, cantidades impresionantes de información, se construyen edificios y se sigue llenando el mundo de la más variada basura. Si nos pusiéramos a pensar cuántas de estas cosas realmente necesitamos para vivir probablemente nos sorprenderíamos de que la mayor parte de ellas sólo son necesidades ficticias y su real valor no es más que una ilusión de la sociedad del consumo. Es así como trabajamos incesantemente para levantar un mundo de necesidades falsas que luego podremos costear con nuestro salario.

Tomando en cuenta lo anterior de pronto podríamos descubrírnos a nosotros mismos en un laberinto de ficciones y obligaciones de dudosa utilidad, perdidos entre cifras y papeles o atormentados por el reloj y los mandatos de un patrón. El hecho es que el trabajo pareciera ser un dios por nadie deseado, pero alabado y seguido por millones de personas en todo el mundo. En la sociedad del consumo y el espectáculo si nos podemos sentir que hacemos mucho , pero probablemente si nos sacamos la venda de la productividad muy pocas de nuestras horas de labor sean realmente útiles para la vida.

No es muy difícil ejemplificar lo que hemos dicho hasta qui, basta con mirar la forma en que funcionan las sociedades mas industrializadas y enfermas por el trabajo. Es más, en países orientales, los cuales han convertido el trabajo en su razón de vivir, el solo hecho de ser despedido supone una crisis existencial tal que suele llevar a las personas al suicidio. Ejemplos de lugares del mundo enfermos de trabajo no faltan para nombrar, todas las metrópolis son hervideros de estrés y cientos de otras enfermedades derivadas de este trastorno humano.

Es por las mismas razones que durante los tiempo de exterminio del Pueblo Mapuche y aún en la actualidad se le tildó a los indígenas de flojos por no explotar su tierra debidamente y por eso mismo se les terminó sacando de sus territorios. Actualmente las tierras que los Mapuche defendían, la Ñuke Mapu como la llaman ellos con cariño, está repleta de forestales y aserraderos que destruyen los bosques y secan el suelo sin tener ni el más mínimo respeto por la tierra. En realidad la flojera de los Mapuche era simplemente entender las labores de una forma distinta y producir de forma calmada y respetuosa lo necesario para vivir, pero la mano del progreso y el trabajo no fueron capaces de entender esto y las consecuencias ya todos las sabemos: muerte y devastación. No estaría demás mencionar que la mayor parte de los trabajos del capital no suelen entregarnos nada para nosotros mismos, muchas veces no crecemos nada personalmente con las labores que hacemos bajo el mandato del dinero. Hay personas que gastan todo su tiempo en una caja registradora, otros conduciendo una micro, destapando baños u otras labores. No quiero decir que alguna de esas labores me parezca terrible, pero especializarse en ellas y realizarlas todo el día durante gran parte de la vida es algo que definitivamente a nadie le gustaría hacer. Basta mirar alrededor, respirar el aire de las ciudades y analizar cuánto del trabajo que hacemos es realmente vital. El absurdo de la sociedad capitalista resulta evidente, la enormes hileras de autos y los gigantescos edificios no se construyeron solos y la devastación de la naturaleza pareciera ser el trabajo mejor realizado por nuestras sociedades

Sobre las luchas de los trabajadores

Cada 1º de Mayo podemos ver cientos de carteles, lienzos y afiches que reivindican las más variadas luchas de los trabajadores, pero aunque suene extraño nadie suele pensar el trabajo como una costumbre humana o una expresión de nuestra cultura específica. Para la mayoría el trabajo pareciera ser algo similar al aire, algo completamente necesario y que la mayor crítica posible que se le pueda llegar a hacer sea su mala calidad o su pésima condición.

Como plantea Miguel Amorós, teórico anarquista proveniente de las tierras dominadas por el Estado Español, en su texto “Primero de Mayo Contra el Trabajo”, lo que se debe tener en cuenta de estas luchas es que llevan de forma implícita un rechazo al trabajo y su influencia en nuestras vidas. En cada consigna se leen peticiones sobre disminuir las horas de trabajo, la cantidad de labores, mejorar las condiciones en que se realiza, es decir, disminuir lo más posible aquello que encarna el trabajo en su esencia y que se relaciona íntimamente con el sacrificio. Es así como en el trasfondo de cada una de esas demandas puede verse claramente un rechazo al trabajo, pero también una extraña defensa de este ¿A qué se debe esta defensa que suelen esgrimir tantos orgullosos trabajadores? Obviamente a la necesidad que tenemos todos de sobrevivir en el sistema capitalista, no a un amor real ni a un compromiso personal con la labor. Es por ello que para no perder realmente de vista lo que deseamos siempre es necesario tener en cuenta que esta forma de vivir y este sistema no son lo único posible, por el contrario, es una pésima opción entre una infinidad de mejores realidades.

Por otra parte, también hay quienes se sienten orgullosos de ser quienes hacen que el país se mueva, quienes se enorgullecen de ser los constructores del nuevo metro, los que levantan edificios, hacen los mejores productos y extienden enormes carreteras a través de bosques y campos. Bueno, nosotros creemos que muy poco de eso es realmente necesario para una vida libre de las mentiras del capitalismo y el espectáculo. Por el contrario, jamás nos sentiríamos orgullosos de destruir tanto la tierra y la naturaleza como lo hacen los trabajadores de la sociedad moderna en nombre del progreso y el bienestar.

Sin embargo nos gustaría dejar en claro que no creemos que las luchas de los trabajadores sean inútiles, ya que estas ideas son básicamente teoría, pero en la práctica hay millones de personas que deben subsistir y trabajar para ganar el alimento y tener un sitio donde vivir. Es por ello que entendemos y compartimos aquellas peticiones de quienes quieren tener un mejor pasar y para ello exigen menos cantidad de trabajo y mejor remuneración, es decir, menos trabajo, más tiempo para ellos mismos y el disfrute de la libertad. Algo básico, claramente.

Lo que buscamos decir es que aquellas luchas debieran siempre llevar consigo una crítica al trabajo y a la condición de esclavos que llevamos todos quienes formamos parte de la estructura capitalista. Para nosotros ninguna lucha de los trabajadores es válida si lo único que busca es un mejor pago, sino que creemos que las luchas se hacen reales si critican realmente la estructura del trabajo asalariado, la autoridad del patrón y la violencia con que la estructura nos golpea diariamente.

Finalmente, creemos que todos los focos de conflicto son tierra fértil para que crezca la crítica a la autoridad. Hemos visto cómo, por una parte, muchos conflictos laborales terminan radicalizándose y entablando férreos enfrentamientos contra la autoridad, con cortes de ruta y otros métodos de acción directa en los cuales vemos honestos intentos de cambiar el orden de las cosas y resquebrajar el estancamiento social. De la misma forma resultan evidentes aquellos movimientos que son absorbidos por el sistema, diluyéndose en simples reformas y siendo destruidos por las decisiones de algún dirigente corrupto y vendido. A los primeros todo nuestro apoyo, a los segundos nuestro rechazo.

Actividades liberadas, apoyo mutuo y autogestión

En su texto “La Abolición del Trabajo”, el anarquista Bob Black señala que el rechazar el trabajo y buscar su abolición nunca ha sido sinónimo de no hacer nada, sino de pensar en nuevas formas de llevar a cabo las actividades humanas, lejos de la lógica de la obligación y el sometimiento.

“El trabajo es la fuente de casi toda la miseria existente en el mundo. Casi todos los males que se pueden nombrar proceden del trabajo o de vivir en un mundo diseñado en función del trabajo. Para dejar de sufrir, hemos de dejar de trabajar. Eso no significa que tengamos que dejar de hacer cosas. Significa que hay que crear una nueva forma de vida basada en el juego: en otras palabras, una revolución lúdica. Por «juego» también se debe sobreentender fiesta, creatividad, convivialidad, comensalía y puede que hasta arte. El juego va más allá de los juegos infantiles, por dignos que sean. Hago un llamamiento a favor de una aventura

colectiva basada en el júbilo generalizado y la exuberancia libre y recíproca.”, plantea Bob Black en uno de los párrafos de su ensayo.

Si bien pareciera que sus palabras son más parecidas a una utopía teórica, lo que quiere decir el autor es que es necesario abandonar la visión de obligación y utilidad que el trabajo ha inculcado en las sociedades modernas. En contraposición a esto se encuentra la libertad de las actividades humanas, la evidencia de que a las personas nos gusta hacer cosas y, es más, nuestra vida consiste en hacer actividades que a lo largo de la historia nos han servido para vivir. Esto nada tiene que ver con el trabajo asalariado y su tendencia a la esclavitud, por el contrario se trata de liberar los quehaceres humanos, complementarlos, enriquecerlos y encaminarlos hacia nuestras propias vidas.

Es aquí donde nunca está de más recordar algunos conceptos usados hasta el cansancio: el apoyo mutuo y la autogestión. Es necesario complementar nuestras actividades, emplear el apoyo mutuo entre quienes hacen y construyen para así no encaminar nuestras fuerzas hacia El Capital. Por otra parte, la autogestión, es decir la construcción de la vida por y para las personas sin la interferencia del Estado u otro tipo de institución, libera las actividades del yugo de un patrón u otra burocracia que le sustituya.

Para nosotros las actividades humanas debieran ser liberadas de la obligación y la esclavitud, el trabajo debe ser criticado directamente y la libre organización entre las personas debe construir la posibilidad de hacer y crear en armonía, sin la existencia de explotados y explotadores. La humanidad ha existido durante miles de años sin que haya una maquinaria tan absorbente y brutal como el trabajo asalariado.

CONTRA LA GESTIÓN DE LO EXISTENTE

Extracto de “Cuadernos de negación” N°12: Crítica de la autogestión.

«Cualquier definición económica del comunismo permanece dentro del ámbito de la economía, es decir, de la separación del tiempo y el espacio productivo del resto de la vida. El comunismo no se basa en la satisfacción de las necesidades tal como existen ahora o incluso como podríamos imaginarlas en el futuro. Es un mundo en el que las personas establecen relaciones y se involucran en actos que les permiten alimentarse, cuidarse, alojarse y enseñarse... a sí mismos. El comunismo no es una organización social. Es una actividad. Es una comunidad humana.» (Gillés Dauvé, *En este mundo pero no de este mundo*)

Bajo la dominación capitalista la comunidad del dinero se impone a los seres humanos y no permite ninguna otra comunidad a su lado, sino a sí misma tras distintas y variadas fachadas: la familia, la patria, la escuela, el sindicato, el partido, el club deportivo, el ghetto cultural y tantas otras variantes que son algo más que meras instituciones o gustos personales. Estas son refugios donde puñados de seres humanos vamos de uno en uno sin poder encontrar una comunidad verdaderamente humana.

Desde el nazismo a los templos evangélicos, desde las reuniones de *tupperware* a cualquier concierto de algún subgénero del rock subyace una promesa: comunidad. Pero el Capital solo puede brindar falsificaciones, su método es tomar una necesidad humana real y ofrecer una falsificación de su satisfacción. Las cooperativas y los proyectos autogestivos forman parte de estas pretendidas comunidades. Funcionando como comunidades al interior del Capital con sus propias características, falsifican no solo la noción abstracta de comunidad, sino la posibilidad de reproducir la vida en común entre los seres humanos, **destruyendo la posibilidad de subvertir las relaciones dominantes de producción.**

Para notar esto no es necesario ser erudito en categorías económicas, basta con la sensibilidad antieconómica a la que nos empuja la mismísima economía.

Caminando a través de una feria autogestiva y/o cooperativa con el simple, aunque olvidado, rechazo visceral hacia el mercado lo que aquí explicamos se hace evidente: aunque en algunos casos exista el deseo de crear un mundo supuestamente diferente al ya existente, los participantes solo se relacionan a través del intercambio. Cada uno de ellos se presenta como un productor o un consumidor. **Se impone el lenguaje del dinero, cada gesto está en intimidad con la compra y la venta, cada vendedor es un publicitario de sí mismo, de la mercancía y por lo tanto de un sí mismo reducido a mercancía.** Y peor aún, todo este evento mercantil es percibido como algo distinto, como moralmente superior a un supermercado o un shopping. Pero solo hay una diferencia cuantitativa y no cualitativa respecto a la función social de todo aquello. Allí uno se encuentra subyugado por la comunidad del dinero como en cualquier parte o incluso más que en otras que no se pretenden emancipadoras como estos pequeños mercados de objetos e ideología. Hoy los defensores del capitalismo llaman *economía social* a un sector que estaría, pretendidamente, entre el sector privado y el sector público. Un sector que se supone estaría a salvo de la codicia de los capitalistas e incluso de los designios del capital mundial.

Una comunidad verdaderamente humana deberá hacerse cargo de satisfacer sus necesidades y deseos, sin embargo, mediante proyectos al interior del Capital se satisfacen necesidades y deseos determinados ni más ni menos que por el Capital. Nuestra necesidad de goce, comida, comunicación, abrigo, afecto es convertida en el combustible de esta usina de valor que es la sociedad capitalista. Esas mismas necesidades solo pueden ser gestionadas donde reina la separación entre decisión y acción, entre lo que está y lo que se emplea, en el modo capitalista de producción. La noción de gestión en tanto administración económica es reciente, no se trata de una cuestión transhistórica.

Discutir en términos de *autogestión*, por ejemplo, el estudio de las áreas comunales en la Europa de la bisagra entre el capitalismo y sus formas predecesoras, las prácticas de organización que llevaron adelante numerosos explotados en dicho continente durante este período sería un grave error. Si bien no dudamos que, en un sentido estricto, esas poblaciones determinaban con un amplio grado de autonomía el empleo y evolución de bosques, humedales y otras áreas comunes, no consideramos que la extrapolación del término *autogestión*, gestado en un contexto urbano durante el siglo XX, sea de utilidad al momento de comprender esta realidad más lejana. Es más, confunde, y parecería constituir una línea histórica continua —que realmente no existe— entre esas prácticas de subsistencia y otras contemporáneas como la problemática de los cuidados, la vivienda social y tantas otras.

La sociedad plenamente autogestionada será quizás la última promesa que estaremos obligados a desechar el proletariado en un estadio avanzado en la lucha para dejar de serlo. Se nos presentará como la salida al Capital solo para poder conservarlo, se nos presentará como comunidad para alejarnos de ella. Por lo tanto, es en la misma práctica social de la lucha que deberemos escoger entre autogestión de lo existente o comunismo, entre una sociabilización a través de la mercancía o comunidad humana.

Tras la coartada de un supuesto realismo y la exigencia de “propuestas concretas” se esconde un chantaje ideológico: la justificación para defender el orden existente. Del mismo modo que se trafica el conformismo en nombre del antisectarismo y el antidogmatismo. Lo real y concreto es la necesidad de acabar de una vez y para siempre con el capitalismo, sin sectarismo ni dogmas ni con sus falsas contestaciones. Nuestra lucha no es sectaria sino social y surge no de un dogma o un conjunto de principios detallados en una plataforma sino de estas condiciones materiales de existencia y la necesidad de suprimirlas.

En cada discurso conformista subyace una necesidad de garantías que expresa brillante, aunque tímidamente, la incapacidad de pensar más allá de lo existente. Ese más allá no es irreal, surge de este mismo mundo, de sus contradicciones, de la acción social revolucionaria. El reformista y conformista de hoy llamaría sectario y utópico a quienes en el pasado lucharon por lo que él hoy mismo defiende y supone eterno. El conformista ignora la historia. **El conformista no reconoce fronteras entre su compromiso político y la forma que tiene de ganar dinero, es impotente para comprender que lo que suele expresarse discursivamente surge de razones materiales concretas. Piensa y actúa de acuerdo a sus propias razones comerciales.** Es por esto que decimos que los autogestionistas y cooperativistas defienden el orden existente y se oponen a la realización de la comunidad humana cuando ponen su comercio por delante.

Miguel Amorós:

Primero de mayo contra el trabajo

“Hay también, a mi parecer, algunos que no prestan un gran servicio a la sociedad por su inteligencia, pero que son robustos de cuerpo y capaces de los mayores trabajos. Trafican con las fuerzas de su cuerpo y tienen opción a un salario en dinero por ese tráfico, de donde les viene, yo creo, el nombre de mercenarios.”
(Platón, “La República”)

No temo desvirtuar el sentido del Uno de Mayo diciendo que es una día contra el trabajo, puesto que ya desde el origen –la lucha por la jornada de ocho horas– llevaba inscrito la exigencia de una disminución del tiempo dedicado a la esclavitud asalariada, o sea, una reivindicación de tiempo libre. Libre quiere decir libre de la explotación y de la necesidad en la que aquella fingía basarse, pues la libertad a la que debe aspirar el género humano vendrá determinada por la abolición no sólo del trabajo asalariado sino de la labor empleada en la satisfacción de las necesidades físicas. El reino de la libertad suplantará al reino de la necesidad cuando el hombre se emancipe completamente del trabajo. Por consiguiente, la sociedad a la que deben aspirar los trabajadores es una sociedad no basada en el trabajo, una sociedad en la que el trabajo no sea considerado como la ocupación principal, en el que la vida no dependa absolutamente del trabajo, en fin, en la que nadie tenga que “ganarse la vida” trabajando, porque una sociedad así es incompatible con el bienestar y con la libertad. “Derecho al trabajo”... ¡anda ya! Es como reivindicar la explotación; mejor exigir ¡DERECHO A NO TRABAJAR!. A la cabeza de sus aspiraciones, los trabajadores no han de colocar una consigna del estilo de “trabajar menos para que trabajen todos”, sino una mucho más escueta: “NO TRABAJAD NUNCA”.

El hecho de que vivamos en una sociedad de trabajadores, una sociedad en la que la condición de asalariado es general, en la que los mismos dirigentes llaman a su actividad trabajo, no significa que la sociedad jamás haya vivido al margen del trabajo, o que siempre el trabajo haya sido contemplado como fuente de todos los valores. Eso tiene fecha: no es sino en tiempos de la Reforma protestante cuando aparece y se extiende esa nueva mentalidad que considera al trabajo como un fin en sí mismo y aspira a vivir trabajando hasta el fin de los días, lo que casa a la perfección con el espíritu capitalista. Hablamos de fin pero la mentalidad laboriosa no distingue entre fines y medios. Vivir para trabajar, trabajar para vivir, son para ella lo mismo. El trabajo, por primera vez, da sentido a la vida. En adelante, la burguesía y los pensadores que mejor han expresado su advenimiento han considerado el trabajo como origen de la propiedad (Locke), como fuente de toda riqueza (Adam Smith), y como responsable de la propia humanización. Para Hume el trabajo había creado al hombre; el trabajo y no la Razón es lo que distinguía al hombre de los animales (idea que Marx traspasó al socialismo). Tendrían que venir las fábricas y las máquinas y destruir todo el carácter “humano” del trabajo para que las clases laborales experimentasen en carne propia el peso de la fatiga, la desesperación del trabajo esclavo y la ofensa del salario, la marca de la esclavitud a la que estaban reducidas.

En la Antigüedad el trabajo era algo despreciable, algo que degradaba a quien lo ejercía y de donde no podía salir nada honorable. Lafargue en su “Derecho a la Pereza” cita estas sabias palabras de Cicerón: “hay que mirar como algo bajo y vil el oficio de los que venden su pena y su industria, pues aquél que dé su trabajo a cambio de dinero se vende a sí mismo y se coloca al nivel de los esclavos.” También lo era el afán de lucro. Entre los griegos, los artesanos, labradores, jornaleros y comerciantes no formaban parte de la ciudad aunque viviesen en ella, es decir, no tenían derechos políticos, pues según Aristóteles, “esa forma de vida es innoble y contraria a la virtud” de la cual los ciudadanos habían de abstenerse. Los espartanos tenían prohibido ejercer cualquier oficio, entre otras cosas porque absorbían el tiempo (“scholē”), necesario para las actividades cívicas. Igual sucedía entre sus contemporáneos lidios, tracios, escitas, persas y romanos. Trabajar significaba someterse a la necesidad, servidumbre humana para cuya liberación servían los esclavos. Todavía en los tiempos oscuros de la Edad Media el trabajo era considerado una actividad servil y aquellos que tenían el privilegio de no trabajar –los nobles, los hidalgos– preferían morir de hambre antes

que envilecerse trabajando, como relata cómicamente la novela picaresca. Pero la situación de los obreros de entonces distaba mucho de la de ahora; la mitad de los días del año eran festivos, días de holganza.

¿Cómo ha empleado la humanidad el tiempo de forma honesta desde sus orígenes hasta el siglo XVI? Los antiguos lo distribuían entre la asamblea, el estudio, el gimnasio y la guerra. La dirección de la cosa pública y la defensa armada de su modo de vida eran la base de la ciudadanía y de la libertad. El tiempo del que tan abundantemente disfrutaban griegos y romanos era principalmente consumido en la esfera pública y en el campo de batalla, lo que no es de extrañar en una sociedad cuya finalidad era la formación de hombres libres y no la despreciable acumulación de riquezas. Hombres libres de la necesidad económica, y por tanto, del trabajo. Pero la liberación del trabajo en los antiguos era un privilegio. La libertad de una parte de la población se basaba en la esclavitud de la otra.

En nuestra época en donde la esfera privada es determinante y el trabajo es la norma, las cosas no pueden ser más diferentes. No existe la libertad, tal como la entendían los antiguos, porque no hay “ágora”, no hay vida pública. Unos estarán más explotados que otros, unos tendrán una vida mejor amueblada que otros, pero nadie es realmente libre. Todas las actividades, incluso las supuestamente públicas, son privadas (ejercicio de una profesión); todo el mundo vende algo suyo a cambio de dinero y sobrevive consumiendo; las diferencias son de grado. Lo único que varía en la esclavitud es el rango. La abolición del trabajo o simplemente una reducción drástica del mismo, para tener consecuencias liberadoras, deberá acarrear la desprivatización de la vida y en correspondencia, la revitalización del espacio público. Puesto que para tomar en sus manos sus propios asuntos, los trabajadores emancipados han de construir su propio espacio de libertad, sea a través de comunidades, consejos, asambleas, municipios libres, etc., e invertir en él su tiempo. La emancipación del trabajo se llevará a cabo mediante el regreso a la vida pública, que es algo muy diferente del regreso de la política. Porque una cosa es la disolución del poder y del Estado en la autoorganización de “las masas desheredadas y desclasadas” (que es como Bakunin prefería llamar al proletariado) y otra cosa es la reconstrucción del poder (y del Estado) mediante la política profesional y los partidos. ABOLIR EL TRABAJO PARA ABOLIR EL ESTADO.

Conservando la mentalidad de trabajador, aun habiéndose desembarazado del trabajo estaríamos en una sociedad de consumidores. Trabajo y consumo son dos etapas del mismo proceso. Una sociedad de trabajadores es una sociedad de consumidores. El consumidor es tan esclavo como el trabajador. En esta sociedad la disminución de la jornada de trabajo no significa sino el aumento proporcional del tiempo dedicado al consumo. En esa perspectiva la liberación del trabajo no es una liberación, ni siquiera parcial. Es la clave de la moderna explotación. El tiempo disponible se dispensa en actividades de ocio, sin salir de la esfera privada. El resultado es una mayor artificialización de la vida, dedicada a la satisfacción compulsiva de necesidades cada vez más artificiales. Así pues, por el consumo de masas iremos a parar al mismo lugar al que se llegó por el trabajo prolongado: al embrutecimiento, a la miseria moral y a la enfermedad. La idea de felicidad que tienen los pobres, el “coger del montón”, o el de “vacaciones en Mallorca para todos”, no constituye una expresión simple del comunismo libertario, sino del consumo sin trabas. Ver las cosas desde el ansia consumista es como verlas desde el estómago: es verlas como esclavo. Verlas como enemigo derrotado, que es lo que primeramente significaba “esclavo” en griego (“douloi”). Sin embargo, emanciparse del trabajo es emanciparse del consumo. Pasar del “montón” tanto como de Mallorca. EN LA SOCIEDAD DE LA ABUNDANCIA LO VERDADERAMENTE ABUNDANTE NO HA DE SER LA MASA DE OBJETOS DESEABLES SINO EL TERRENO DONDE EJERCITAR LA LIBERTAD.

Hablar de no trabajar resulta cómodo y fácil, pero para llegar a una sociedad sin trabajo, es decir, emancipada completamente de la necesidad, tanto la que impone la sociedad como la que impone la naturaleza, se han de revisar muchas ideas pasadas, que son un lastre y un obstáculo a eliminar. En primer lugar la convicción de que el sistema engendra junto con sus miserias las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la reconstrucción de la sociedad libre. La verdad es justo lo contrario: el sistema crea condiciones y formas para que dicha reconstrucción sea imposible. Empezando por la misma clase que debía capitanearla. La automatización y el progreso científico ha expulsado al trabajador desde el centro a la periferia de la producción, de forma que hoy la mayoría de los trabajadores están empleados en actividades improductivas, y la tendencia no deja de acentuarse. Una sociedad racionalmente organizada

suprimiría la mayor parte de esas actividades tanto como la producción masiva. Los anarquistas fueron los primeros en señalar que una sociedad nueva no puede ser vaciada en el molde técnico de la actual y que todo lo que existe ha de sustituirse por algo más conforme con las verdaderas necesidades humanas. La apropiación de los medios de producción no podría efectuarse sino gracias a una capa social particular, la de los técnicos y científicos, que dudosamente abrazará en bloque la causa de los oprimidos. La contradicción que socava la sociedad del trabajo no radica en la oposición entre fuerzas productivas y medios de producción, pues con la autonomía de la técnica ambos conceptos tienden a ser lo mismo, sino entre la tecnología moderna y el metabolismo con la naturaleza que impone, cada vez más devastador. La tecnología no es en absoluto independiente del modo de producción capitalista. Quienes hayan creído en el lado positivo del capitalismo supuestamente representado por los “avances” técnicos se frotarán las manos pensando que el progreso de la tecnociencia ha quemado la etapa de transición al régimen comunista libertario, que la producción automatizada suprimirá el trabajo y que la máquina, esclava del hombre, le redimirá de semejante maldición. Pero las máquinas no permiten la emancipación del trabajo, pues lejos de ser una adaptación del medio natural a la voluntad del sujeto, son una adaptación del sujeto al medio artificial que ellas han creado. **LAS MÁQUINAS HAN ESCLAVIZADO AL HOMBRE Y JAMÁS LO LIBERTARÁN.**

Las máquinas, y más propiamente, los sistemas técnicos, las tecnologías, son modos de ordenar la sociedad y determinan el trabajo, las relaciones, el desplazamiento, el consumo, etc. de las personas. No hay tecnologías neutras; las hay que son flexibles, descentralizadoras y no agresivas, que preservan la naturaleza y facilitan la libertad, y las hay que imponen una organización social gigantesca y complicada, desarrollando jerarquías, control, organismos represivos, y demás formas de poder separado. Optar por un sistema tecnológico u otro es hacer una elección política, valga la palabra. Ni que decir tiene que en la sociedad actual son las tecnologías autoritarias, manipuladoras y anticomunitarias las que dominan. La autogestión de un sistema técnico de esa clase tendría fatales consecuencias para la libertad. Los medios de producción actuales, en lo que a técnica se refiere, no pueden transformarse en instrumentos de un trabajo libre y asociado sin experimentar fuertes cambios. Por eso el desmantelamiento razonado de los medios de producción es la condición sine qua non de la revolución emancipadora. Por eso los Estados han de disolverse en un sinfín de comunidades pequeñas. Las colectividades autogestionadas, federadas o no, abolirán primero el salario y el dinero, con lo cual se suprimirán la explotación y las diferencias de clase, y sustituirán el mercado por un intercambio solidario. Después se harán cargo de la reutilización y descentralización de los medios de producción y de la destrucción o abandono de la parte de los mismos que resulte pernicioso. Empezando por el sistema fabril y la agricultura industrial. Otros aspectos habrán de ser tenidos en cuenta por fomentar la desigualdad y la burocracia: la planificación central, la división del trabajo, la expansión urbana, etc. A mayor organización, mayores peligros. Pero la cuestión que más interesa destacar aquí es la del trabajo necesario para el mantenimiento y reproducción de la vida, la actividad productiva requerida por la satisfacción de las necesidades elementales y de aquellas que resulten del modo de vida comunitario. La carga de la vida no podrá eliminarse ni siquiera con sirvientes mecánicos; a lo sumo la harán más llevadera. Ante cualquier solución técnica habrá que calibrar siempre lo que se gana y lo que se pierde. Se puede ganar tiempo a costa de una mayor dependencia, y también lo contrario: se puede ganar independencia a costa de emplear más tiempo. Pero de todas formas puede conseguirse que el tiempo dedicado a la labor sea mínimo, distribuyéndola entre todos, especialmente entre los jóvenes, y suprimiendo las actividades consideradas prescindibles por las asambleas. Y también puede lograrse que la labor, al volverse atractiva, diversión o hobby, deje de ser considerada un esfuerzo obligatorio. Fourier, un precursor del anarquismo, inventó una “mecánica pasional” que debía transformar el trabajo en una actividad ardiente, refinada y lúdica. Pues bien, no iba desencaminado: **LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO OCURRIRÁ MEDIANTE SU CONVERSIÓN EN JUEGO.**

Miguel Amorós

Leído en el mitin de la CNT en Les Cotxeres de Sants, Barcelona, el 1 de mayo de 2003

Rafael Barret, 1910.

Mientras no poseí más que mi catre y mis libros, fui feliz. Ahora poseo nueve gallinas y un gallo, y mi alma está perturbada.

La propiedad me ha hecho cruel. Siempre que compraba una gallina la ataba dos días a un árbol, para imponerle mi domicilio, destruyendo en su memoria frágil el amor a su antigua residencia. Remendé el cerco de mi patio, con el fin de evitar la evasión de mis aves, y la invasión de zorros de cuatro y dos pies. Me aislé, fortifiqué la frontera, tracé una línea diabólica entre mi prójimo y yo. Dividí la humanidad en dos categorías; yo, dueño de mis gallinas, y los demás que podían quitármelas. Definí el delito. El mundo se llena para mí de presuntos ladrones, y por primera vez lancé del otro lado del cerco una mirada hostil.

Mi gallo era demasiado joven. El gallo del vecino saltó el cerco y se puso a hacer la corte a mis gallinas y a amargar la existencia de mi gallo. Despedí a pedradas el intruso, pero saltaron el cerco y aovaron en casa del vecino. Reclamé los huevos y mi vecino me aborreció. Desde entonces vi su cara sobre el cerco, su mirada inquisidora y hostil, idéntica a la mía. Sus pollos pasaban el cerco, y devoraban el maíz mojado que consagraba a los míos. Los pollos ajenos me parecieron criminales. Los perseguí, y cegado por la rabia maté uno. El vecino atribuyó una importancia enorme al atentado. No quiso aceptar una indemnización pecuniaria. Retiró gravemente el cadáver de su pollo, y en lugar de comérselo, se lo mostró a sus amigos, con lo cual empezó a circular por el pueblo la leyenda de mi brutalidad imperialista. Tuve que reforzar el cerco, aumentar la vigilancia, elevar, en una palabra, mi presupuesto de guerra. El vecino dispone de un perro decidido a todo; yo pienso adquirir un revólver.

¿Dónde está mi vieja tranquilidad? Estoy envenenado por la desconfianza y por el odio. El espíritu del mal se ha apoderado de mí. Antes era un hombre. Ahora soy un propietario...

